

VI. V. 29b **¿Y QUIÉN ES MI PRÓJIMO?**

LA PREGUNTA CUYA RESPUESTA HAY QUE BUSCAR EN EL CAMINO DE JERUSALÉN A JERICÓ.

1. Introducción. Este guión viene encabezado por la segunda pregunta que el maestro de la ley dirigió a Jesús, la que puso en boca del nuevo *Rabí* la parábola de *El Buen Samaritano*, e introdujo esta figura en el Evangelio, en el código ético-moral de la *Ley nueva del Amor*, en la Tradición de la Iglesia, en el *atrio de los gentiles* de la cultura mundial y en la historia de la



asistencia sanitaria y sociosanitaria desde hace algo más de dos mil años, hasta el día de hoy.

2. Meditación inicial. En su carta apostólica *Salvifici doloris. Sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano*, el Santo Padre Juan Pablo II nos proporciona de entrada ya una pista abierta, alusiva a la causa promotora de la parábola del Buen Samaritano. Dice el Santo Padre:

Mediante esta parábola, Cristo quiso responder a la pregunta: ¿Y quién es mi prójimo?¹

Sin embargo, desde el punto de vista pastoral, cabe ir más allá de esta afirmación general, y plantear esta otra cuestión: *¿Por qué esa pregunta concreta, y no otra?* Y ahí es Benedicto XVI quien nos aclara más acerca de los motivos latentes en el segundo interrogante que el maestro de la ley plantea a Jesús:

Este hombre docto, que sabía perfectamente cuál era la respuesta, debe justificarse: la palabra de la Escritura² es indiscutible, pero su aplicación

¹ Ver *Salvifici doloris* 28. Ver en www.vatican.va.

² Se refiere al doble mandamiento del amor a Dios y al prójimo.

en la práctica de la vida suscitaba cuestiones que se discutían mucho en las escuelas (y en la vida misma).³

Es decir, los preceptos de la ley de Moisés no dejaban del todo claro a quién había que considerar *prójimo* en la vida cotidiana, para garantizar la observancia fiel del mandamiento. Se trataba de una cuestión debatida y, por tanto, difusa en cuanto a su extensión y límites.

3. Desde el camino de mi vida. A lo largo de esta andadura, he tenido no pocas veces el privilegio de encontrarme con personas excepcionales por su grandeza de espíritu y pareja sencillez. Una de ellas fue Pedro Laín Entralgo, alguien que hizo del saber su modo de *aproximarse* a cualesquiera otras personas, convirtiéndose a lo largo de su prolongada vida en un auténtico samaritano, vertedor por doquier *del vino y el aceite*⁴ de su amor al hombre y a los hombres, al *arte médico* y la historia de su ejercicio, a su concepción integradora de España y a Dios, a quien concebía como supremo *Agape, infinito Amor de donación*, tal como lo había bebido en las cartas de San Pablo y San Juan.⁵

Sólo en contadas ocasiones tuve la oportunidad de verme con el maestro Laín Entralgo cara a cara; han sido sobre todo sus libros los que han hecho de su *camaradería itinerante*⁶ una relación duradera y fecunda para mí. Como muestra de ello, hoy quiero ofrecer su reflexión acerca del alcance e implicaciones personales del mandamiento *Amarás a tu prójimo*. La reproduczo íntegra casi al final de este guión, como la segunda parte de este apartado. Para mí es lo mejor que he leído sobre el tema.

4. Significados de la palabra *prójimo*. El vocablo en lengua española proviene del latín *proximus, más cercano*, el cual es resultado de la contracción entre el

³ Joseph Ratzinger. Benedicto XVI: *La parábola del buen samaritano* (Lc 10, 25-37), en *Jesús de Nazaret* (primera parte), La esfera de los libros 2007, p. 235-243.

⁴ Lo que hizo el Buen Samaritano con el herido. Ver Lc 10, 34.

⁵ Diego Gracia Guillén, su discípulo y sucesor en la cátedra de Historia de la Medicina, ha escrito un ensayo lúcido e inteligentemente apasionado sobre su maestro, titulado: *Voluntad de comprensión. La aventura intelectual de Pedro Laín Entralgo*, Triacastela, Madrid 2010. Aconsejo vivamente su lectura.

⁶ Feliz y certera expresión del propio Laín.

adverbio *prope, cerca*, y el sufijo *-ximus, más* (como en *máximo*). *Prójimo* sería en este caso todo aquel que está -o a quien yo siento- *más cercano* a mí, por uno u otro motivo.

San Jerónimo empleó esta palabra para traducir, a su vez, el término griego πκησιον (*plesion*). Este expresa de entrada la idea de *asociarse con alguien*, de *entrar en su compañía*. Y *plesion* asimismo es la palabra usada en la versión griega de los LXX para traducir el vocablo hebreo *rea'*, que literalmente quiere decir *enfrente, frente a mí, cerca de mí*.

El *prójimo* es, pues, *otro* en principio cercano y conocido, o extraño y desconocido para mí, pero alguien con quien puedo llegar a establecer un vínculo sea de forma pasajera, en un encuentro que suscita afinidad o simpatía; o bien en un encuentro más duradero e implicativo en virtud de la amistad, el amor, el compañerismo, la mutua pertenencia a la misma familia, clan, tribu, país o patria.

Centrándonos de nuevo en la indagación sobre el alcance de la segunda pregunta del maestro de la ley, Benedicto XVI acude otra vez en nuestra ayuda:

La pregunta, en concreto, es: ¿Quién es el prójimo? La respuesta habitual, que podía apoyarse también en textos de la Escritura, era que prójimo significaba connacional. El pueblo formaba una comunidad solidaria en la que cada uno tenía responsabilidades para con el otro, en la que cada uno era sostenido por el conjunto y, así, debía considerar al otro como a sí mismo, como parte de ese conjunto que le asignaba su espacio vital.

Entonces, los extranjeros, las gentes pertenecientes a otro pueblo, ¿no eran prójimos? Esto iba en contra de la Escritura, que exhortaba a amar precisamente también a los extranjeros, recordando que Israel mismo había vivido en Egipto como forastero. No obstante, se discutía hasta qué límites se podía llegar; en general, se consideraba perteneciente a una comunidad solidaria, y por tanto prójimo, sólo al extranjero asentado en la tierra de Israel. Había también otras limitaciones bastante extendidas del concepto de prójimo; una sentencia rabínica enseñaba que no había que

considerar como prójimo a los herejes, delatores y apóstatas (Jeremías, p. 170). Además, se daba por descontado que tampoco eran prójimos los samaritanos que, pocos años antes (entre el 6 y el 9 d.C.) habían contaminado la plaza del templo de Jerusalén al esparcir huesos humanos en los días de Pascua (Jeremías, p. 171).

Antes de entrar en el apartado siguiente, no quiero pasar por alto una observación complementaria a las del Santo Padre. En los diez mandamientos del Antiguo Testamento el prójimo aparece como la **possible víctima** de las agresiones u ofensas que se prohíben en ellos:

No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No darás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás los bienes de tu prójimo. No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su esclavo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo (Ex 20, 12-17).

Desde la perspectiva de los últimos seis mandamientos de la Ley antigua, amarás implica, ante todo y al menos, *no hacer daño al prójimo*⁷ en su vida, su familia o sus bienes. Sin embargo, sigue sin quedar contestada del todo la pregunta: *¿Y quién es mi prójimo?* El apartado siguiente va en la línea de iluminar zonas aún oscuras al respecto.

5. Algunas precisiones pastorales. 5.1. El prójimo al que he de amar. Vaya por delante la advertencia, obvia por otro lado, de que no todo el mundo está de acuerdo en que haya que *amar al prójimo*. **Jean Paul Sartre**, el filósofo existencialista francés, por ejemplo, declaró abiertamente y sin ningún empacho: *El infierno son los otros*,⁸ frase que parece un eco contemporáneo del viejo dicho latino *homo homini lupus* (*el hombre es un lobo para el hombre*). Sin entrar en el análisis minucioso de la afirmación de Sartre, está claro que el autor francés se encuentra en las antípodas del amor al prójimo.

Otro ejemplo lo proporciona **F. Nietzsche** en su obra *Así hablaba Zarathustra*,

⁷ En la bioética contemporánea, el viejo mandamiento *no hacer daño* (*primum non nocere*) es denominado *principio de no maleficencia*, y considerado universalmente vinculante.

⁸ La frase aparece en su obra teatral *Huis Clos* (*A puerta cerrada*).

de la que recojo esta cita:

Vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos. Huís hacia el prójimo huyendo de vosotros mismos, y quisierais hacer de eso una virtud ... El tú ha sido santificado, pero el yo, todavía no; por eso corre el hombre hacia el prójimo.⁹

5.2. El amor propio, ¿es amor al prójimo? Para un cristiano, no es precisamente atractivo, y menos aún fiable, el mensaje y hasta el nombre mismo de Nietzsche. Su visión del cristianismo como religión alentadora de una *moral de esclavos* habla por sí sola en este sentido. Y, sin embargo, un cristiano despierto y buscador de la verdad genuina del evangelio, no haría del todo *oídos sordos* a la advertencia del filósofo alemán por boca de Zarathustra.

Es verdad que una tendencia fuertemente arraigada en la historia de la espiritualidad y la ascética cristianas es la que invita al olvido, el desinterés, el menoscabo y hasta la *negación* de uno mismo, como objeto de preferencia ante el amor de Dios y del prójimo. Estos dos últimos amores son los destacados en el doble mandamiento de la Ley de Dios y eso es lo que Jesús mismo parece llevar a la radicalidad extrema, cuando sostiene:

El que quiera venir en pos de mí que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien la pierda por mí, la encontrará (Mt 16, 24s y par.).

Pero no hay que olvidar que el mandamiento del amor al prójimo tiene un referente directo: ... *como a ti mismo*. Así pues, el *amor propio* es clara y abiertamente afirmado en la Ley de Dios, y no puede ser de otra manera. En primer lugar, porque **la persona más próxima a mí soy yo mismo**, y no puedo comenzar siendo inconsecuente a la hora de cumplir el mandamiento divino. *Nadie da lo que no tiene*, dice la sabiduría popular; por consiguiente, yo no puedo dar a otros algo que me niego a mí mismo. En la carta a los Efesios, San Pablo se hace eco, por contraste, de esta postura al hablar de los esposos cristianos, di-

⁹ Así habló Zarathustra, 17: *Del amor al prójimo*.

ciendo: *Nadie jamás ha odiado su propia carne,¹⁰ sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia* (Ef 5, 29).

Además, si soy creyente, no puedo negarme a mí mismo que soy una criatura de Dios, *plasmada¹¹* a su imagen y semejanza, por consiguiente, buena y amable en principio por la voluntad creadora de Dios. Así lo corroboran el primer relato de la creación,¹² el libro de la Sabiduría¹³ y la primera carta de San Pablo a Timoteo.¹⁴ ¿Qué hemos, pues, de pensar y poner en práctica al respecto? ¿Debo, o no debo amarme a mí mismo?

Desde hace casi treinta años, la respuesta para mí más acertada a este dilema, solo aparente, está contenida en estas palabras pertenecientes al *Diario de un cura rural*, de G. Bernanos:

Odiarse a sí mismo es más fácil de lo que se cree ... Pero si todo orgullo estuviera muerto en nosotros, la gracia de las gracias estaría en amarse humildemente a sí mismo, como a cualquiera otro de los miembros sufrientes de Cristo.¹⁵

La humildad, esa cualidad humana¹⁶ que, asentando al hombre en la tierra, lo proyecta hacia los cielos de su autorrealización en la comunión de vida con Dios, es al final la clave para superar el dilema entre el amor a uno mismo basado en la soberbia egoísta, y la negación de uno mismo, que conduce a la propia desnaturalización.¹⁷

¹⁰ Ateniéndonos a la exégesis, la traducción debe ser: *Nadie jamás se ha odiado a sí mismo*. En el texto resuena el eco de Gen 2, 23s: *Adán dijo: ¡Esta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne! ... Por eso abandonará el varón a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.*

¹¹ Es el vocablo que utiliza Ireneo de Lyon para describir lo especial de la creación del ser humano, en Gen 2, para diferenciar la plasmación *alfarerera* que Dios realiza *con sus manos* al crear al *adam*, de la “simple” creación *por la Palabra* de la que surge el resto de los seres.

¹² Gen 1, 31: *Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.*

¹³ Ver IV, 5.1. p. 37.

¹⁴ 1 Tim 4, 4: *Toda criatura de Dios es buena, y no se debe rechazar nada, sino que hay que tomarlo todo con acción de gracias.*

¹⁵ La cita está tomada de Ch. Moeller: *Bernanos o el profeta de la alegría*; en *Literatura del siglo XX y cristianismo*, I: *El silencio de Dios*, Gredos, Madrid 1958, p. 456.

¹⁶ Humildad es la palabra que traduce al castellano la latina *humilitas* la cual, a su vez, procede de *humus*, el suelo fértil del que surge la vida. *Hombre*, por su parte, se dice en latín *homo*; y como *homo* y *humus* provienen de la misma raíz, resulta que la cualidad básica del ser humano -su punto vital de partida- ha de ser la humildad.

¹⁷ Volveremos a encontrar a la humildad a continuación, en la cita de Laín Entralgo.

Como iremos viendo en guiones posteriores, Jesús va a transformar definitivamente la noción de *prójimo*. Por de pronto, concentrará en el mandamiento del amor al prójimo los otros mandamientos, y lo enlazará indisolublemente con el mandamiento del amor a Dios (Mt 22, 34-40 p). Después de Jesús, Pablo declarará solemnemente que *toda la Ley se cumple en una sola frase, que es:* Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Ga 5, 14); y Santiago, en su carta, llamará a este mandamiento la *ley regia de la Escritura* (2, 8).

En la parábola del Buen Samaritano Jesús cambia por completo la perspectiva del AT. No me toca a mí decidir quién es mi prójimo; es el *camino de la vida* el que me llevará a encontrarme con quien se halla en apuros, y aunque sea mi enemigo, pueda necesitarme y, por tanto, convertirse en prójimo mío. El amor universal he de manifestarlo ante cualquier persona que Dios ponga en mi camino.

6. Volviendo a la vida: ¿Qué implica *amar al prójimo* desde la perspectiva cristiana? He aquí el prometido texto de Pedro Laín. Espero que sea tan provechoso a mis lectores como, al menos, lo ha sido para mí.

Para los cristianos, el amor humano -la agapé- posee la consistencia religiosa y metafísica que desde su seno mismo exige un triple mandamiento. Si se quiere, un mismo mandamiento expresado en la Escritura mediante tres fórmulas distintas:

- a) Ama a tu prójimo **como a ti mismo.** *La exégesis más solvente ha mostrado con toda evidencia que el prójimo al que aluden los dos textos de Dt 6, 5 y Lv 19, 18 era el israelita, el hermano de raza y religión de quienes habían de leer este mandamiento como suyo.*
- b) Ama a tu prójimo, **como si tu prójimo fuese Cristo.** *Así puede ser formulada la lección moral implícita en el texto escatológico de Mt 25, 39s. Los pequeños hermanos son los menesterosos, cualquier hombre que, por la razón que sea, necesita de compañía y ayuda. Puede muy bien hablarse, con el teólogo Hans Urs von Balthasar, del sacramento del hermano.*

c) Ama a tu prójimo **como si tú mismo fueses Cristo.** *Así lo declara, entre otros, el tan conocido pasaje de San Juan:* Mi precepto es: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado (XV, 12). *El cristiano debe amar a cualquier hombre como Cristo amó a los hombres. Arduo y estremecedor problema, el de la realidad de ese como si. Aunque yo me llame a mí mismo cristiano y efectivamente lo sea, yo no puedo ser Cristo; pensar de otro modo sería una suerte de panteísmo cristológico. Mas, por otra parte, tal expresión no es y no puede ser simple fórmula metafórica ... Para el cristiano, algo inequívocamente real -aunque con realidad sobrenatural, como luego dirá la teología- es afirmado con esas palabras.*

*Afirmarse con ellas, por un lado, que el cristiano verdaderamente fiel a Cristo logra en su realidad personal cierta deificación o cristificación. Siendo como Cristo, el cristiano se eleva a la condición de cooperador de Cristo ... y participa real y sobrenaturalmente en el ser del Verbo. De alguna manera, en alguna medida, las acciones del cristiano son en tal caso, como las del propio Cristo, recapitulación (*anakefalaiosis*) y reconstitución (*apokatástasis*) redentoras, corredentoras, más bien, de la humanidad entera. Tal me parece ser el fundamento teológico y real de la magnanimidad cristiana.*

Dícese con estas palabras, por otra parte, que el cristiano efectivamente fiel a Cristo experimenta en su realidad -de alguna manera, en alguna medida, cierto anonadamiento metafísico, cierta kénosis, para decirlo con la enérgica expresión de San Pablo. En el orden óntico, eso supone para el hombre el hecho de ser como Cristo ... en el tiempo, en el espacio y en la materia. Así debe ser entendido, a mi juicio, el fundamento de la humildad cristiana.¹⁸

La vuelta a la vida creo que hay que completarla con estas palabras a cargo una vez más de Benedicto XVI:

¹⁸ (P. Laín Entralgo: *La relación médico-enfermo. Historia y teoría*, Alianza Ed. 1983, p. 107-

La actualidad de la parábola es evidente. Si la aplicamos a las dimensiones de la sociedad mundial, vemos cómo los pueblos explotados y saqueados de África nos conciernen. Vemos hasta qué punto son nuestros próximos; vemos que también nuestro estilo de vida, nuestra historia, en la que estamos implicados, los ha explotado y los explota. Un aspecto de esto es sobre todo el daño espiritual que les hemos causado. En lugar de darles a Dios, el Dios cercano a nosotros en Cristo, y aceptar de sus propias tradiciones lo que tiene valor y grandeza, y perfeccionarlo, les hemos llevado el cinismo de un mundo sin Dios; en el que sólo importa el poder y las ganancias; hemos destruido los criterios morales, con lo que la corrupción y la falta de escrúpulos en el poder se han convertido en algo natural. Y eso no sólo ocurre en África.

¿Y no encontramos también a nuestro alrededor personas explotadas y maltratadas? Las víctimas de la droga, del tráfico de personas, del turismo sexual; personas destrozadas interiormente, vacías en medio de la riqueza material.

Todo esto nos afecta y nos llama a tener los ojos y el corazón de quien es prójimo, y también el valor de amar al prójimo ... Tenemos que aprender de nuevo, desde lo más íntimo, la valentía de la bondad; sólo lo conseguiremos si nosotros mismos nos hacemos buenos interiormente. si somos prójimos desde dentro y cada uno percibe qué tipo de servicio se necesita en mi entorno y en el radio más amplio de mi existencia, y cómo puedo prestarlo yo.

7. Preguntas para la reflexión individual o en grupo. **a.** En líneas generales, y en tu relación con los demás, ¿cómo te consideras?: ¿Abierto o retraído, cercano o distante, generoso o egoísta?

b. ¿Tiendes a acercarte a las personas necesitadas con las que te encuentras, o tratas de desentenderte de ellas? Busca en tu vida ejemplos de personas y situaciones concretas.

c. ¿Qué te hace pensar el texto de Bernanos sobre *el amor a uno mismo*?

d. Hasta qué punto intentas hacer del *mandamiento nuevo* de Jesús: ... *como yo os he amado*, el santo y seña de tus pautas de convivencia y de actuación con los demás?

8. Oración final. Fue la escogida para la Campaña del Enfermo 2004, cuyo tema fue *Más cerca de los que están lejos*. Viene a subrayar que en la búsqueda del prójimo Dios es, como siempre, el que va delante de nosotros y sale a nuestro encuentro, en nuestra propia vida. Él, en Jesucristo, es el primer y radical Buen Samaritano. Así lo debemos reconocer, uniéndonos al salmista (Sal 40):

*En el Señor puse toda mi esperanza,
Él se inclinó hacia mí
Y escuchó mi clamor.
Me sacó de la fosa fatal,
Del fango cenagoso.
Asentó mis pies sobre la roca,
Consolidó mis pasos.
Puso en mi boca un canto nuevo,
Una alabanza a nuestro Dios.
Muchos lo verán y temerán,
Y en el Señor tendrán confianza. Amén.*

